Prólogo

Federico Mayor Zarragoza[1]

Hablar de comunicación y desarrollo hoy, y hablar además de pasos hacia la coherencia, es extraordinariamente importante, porque las oportunidades pasan y es inútil después intentar correr para alcanzarlas. Estamos en un momento de gran consternación, de inmensa perplejidad ciudadana. Hace ya muchos años que estamos pidiendo cambios que pongan a cada ser humano en una situación de igualdad de condiciones; que la igualdad en dignidad, que es el gran fruto conceptual de la segunda gran guerra del siglo pasado, pueda ser el eje alrededor del cual giren las políticas, alrededor del cual giren las propuestas. Porque cada vida humana es única e irrepetible, capaz de crear. Y esta creación requiere tensión humana. Esta tensión humana, igual que sucede con un *tsunami* o con un acontecimiento que nos motiva, nos da fuerza para intervenir, nos dice que no podemos permanecer sentados, que no podemos permanecer callados, que estas situaciones pasan. Y entonces, la inmensa inercia de lo banal, la inmensa inercia de lo de todos los días, de aquellos que pretenden que sigamos siendo obedientes, que sigamos distraídos, va ganando espacio. En este momento hay motivos para la protesta y para la propuesta.

De la tensión humana habló *Ilya Prigogine*, premio Nobel de Química. Decía que cerca del equilibrio no hay nada, hay calma;

[1] Los coordinadores del libro han confeccionado este texto a partir de la transcripción de la ponencia de inauguración de Federico Mayor Zaragoza en el Encuentro de la UIMP sobre Comunicación y desarrollo, celebrado en julio de 2009.

y aplicando su teoría a la sociedad decía que se necesita tensión. Porque igual que el agua para ser agua potable tiene que correr, que saltar, que manifestarse, nosotros no podemos estar en calma. No necesitamos charcas, sino manantiales fecundos. La adversidad aguza la imaginación y Einstein dijo que en momentos de crisis —como en los que hoy estamos— sólo la imaginación es más importante que el conocimiento.

Tenemos que ser conscientes de lo importante que es el momento actual. También lo era el año 2000, pero en estos años han pasado muchas cosas, aunque los grandes desafíos son los mismos. Ahora tenemos motivos adicionales para esta tensión humana porque, por ejemplo, nos decían que no había dinero para luchar contra el hambre y cada día mueren por esta causa, en el desamparo y en el olvido, más de sesenta mil personas, el mismo número de personas que cabría en un campo de futbol. Y más de la mitad son niños. Como no lo vemos, no lo sentimos, pero si fuéramos concientes de esta tremenda realidad, tendríamos que reaccionar y no dejarnos convencer de que «no hay dinero». Uno de los Objetivos del Milenio que se fijó en el año 2000 era que para el año 2015 se reduciría a la mitad el número de personas que pasaban hambre. Y me pareció tan cínico, me pareció tan fuera de escala y de moral que en aquel momento, como Director General de la UNESCO, dije que no suscribiría nunca un acuerdo de estas características. No hay dinero, no hay dinero… Pero dinero hay, puesto que nos gastamos todos los días tres mil millones de dólares en armas. Por tanto, podríamos quizás empezar a buscar otras formas de manejar los conflictos. No había dinero para el Fondo Mundial para el SIDA. Unos once mil millones de dólares al año hubieran sido suficientes para que no se murieran tantas personas. Equivale a tres o cuatro días de inversión en armamento. No había dinero… y para el «rescate bancario», para la codicia y la irresponsabilidad, había ochocientos veinte mil millones sólo en los Estados Unidos… ¡No había dinero!

Los medios de comunicación nos tienen que transmitir esta realidad dramática y nosotros tenemos que aprovechar esta situación de perplejidad, sobre la que escribió Maimónides hace siglos. Además de la perplejidad, hay otra palabra que ilustra muy bien los

© Editorial Comunicación Social

fantasmas que tenemos que enfrentar. En marzo del año 1999 me invitó el Presidente de la Asociación Americana de Físicos a dar una conferencia inaugural en Atlanta. Y me impresionó mucho cuando proyectó una sola diapositiva con una sola palabra: inercia. Y dijo: «Éste es nuestro enemigo». Porque nos despertamos, y somos capaces de reaccionar pero, con gran frecuencia «llega» la inercia. Inmediatamente, los interesados en que sigamos adormecidos, obedientes y callados, se imponen. Por tanto, tenemos que ser capaces de aprovechar esta oportunidad de expresar de manera contundente que la sociedad civil está bien informada, está despierta, y ya no es espectadora sino que es actora. La sociedad civil de hoy no sólo recibe, sino que emite, no se calla porque tiene medios de comunicación suficientemente buenos para expresarse. Ya es hora de empezar de verdad a participar en democracias que son enormemente frágiles, porque cuando votamos nos cuentan, pero la democracia no consiste en ser contado, sino en contar como ciudadanos, en ser tenidos en cuenta como ciudadanos. Y es cierto que la mayor parte de las veces nos encontramos ante esta insoportable levedad de las democracias, parafraseando a Kundera, democracias que sólo nos cuentan: tantos a favor, tantos en contra.

Ha llegado el momento —y este podría ser un cambio radical en los albores del milenio— de participar, de dar a las democracias la firmeza que necesitan para oponerse a la inercia y a quienes desde hace siglos han ocupado los escenarios del poder sin dejar que la gente se asome a ellos. Miremos con un poco de perspectiva histórica los escenarios del poder. Un poder 98% masculino donde la mujer sólo aparece fugazmente. Es la historia de la toma de decisiones masculina, y en el escenario no aparece el ciudadano. El ciudadano ha sido vasallo, ha sido súbdito, hasta el punto de que ha estado permanentemente ofreciendo su propia vida, que es casi lo único que en muchas ocasiones tenían. Y era indiscutible el servicio a los designios del poder; no podía discutirse, aunque fuera para luchar por causas ajenas. La historia ha sido una retahíla permanente de batallas, de guerras, de confrontaciones, de conflictos. ¿Y dónde estaban los intelectuales? ¿Y los filósofos? ¿Y los pintores? ¿Y los escultores? ¿Y los poetas? ¿Dónde estaban? No

figuran en la historia. Y por eso tenemos que empeñarnos en rehacer la historia, para demostrar que sí que contaban y que sus ideas son las que al final han tenido impacto y se han conservado a lo largo de los siglos. Pero desde un punto de vista del poder estaba claro: «Si quieres la paz, prepara la guerra». Y durante siglos hemos seguido este perverso proverbio: «Estate preparado porque te pueden atacar y tienes que poder defenderte.»

Y entonces, ¿qué es lo que hacemos? Aquello para lo que nos hemos preparado. Si nos hemos preparado para la guerra, hacemos la guerra. Como nadie ha dicho «si quieres la paz, prepara la paz», nunca le hemos dado una oportunidad, aunque la hemos deseado desde el origen de los tiempos. «La paz sea contigo, *shalom*, *salam*», y a continuación ¡bomba! Es una historia de una irresponsabilidad total. Hemos sido súbditos y ahora tenemos que pasar a ser ciudadanos. Pero para esta transición de súbditos a ciudadanos necesitamos a los medios de comunicación. Tenemos que utilizar, y ahora por primera vez tenemos la posibilidad de hacerlo, los SMS, internet… Podremos participar porque tendremos los medios de comunicación propios para hacerlo, aquellos que nos informan de la realidad gracias a los periodistas que describen fidedignamente lo que acontece.

Cuando se crean las Naciones Unidas en 1945 se dice: «Nosotros, los pueblos». No se dice «nosotros, los Estados» o «nosotros, los gobiernos». Y continúa: «hemos resuelto evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra». Es decir, hemos decidido construir la paz y lo hacemos por los jóvenes. No se merecen que les estemos ofreciendo permanentemente horizontes sombríos, oscuridad, confusión, degradación del medio ambiente. Y para eso se crea cuatro meses después la UNESCO. Vamos a construir la paz por la educación, la ciencia y la cultura y nos basaremos en —y ahí viene este concepto al que antes hacía referencia— la igual dignidad humana. Lo haremos porque tenemos que ver en cada ser humano la misma dignidad. Sea hombre o mujer, sea negro o blanco, sea de una religión o de otra, de una ideología o de otra, *todos los seres humanos iguales en dignidad*. Y se hace referencia a la «solidaridad intelectual y moral». El Artículo 1º de la UNESCO dice: «La UNESCO garantizará la libre circulación de las ideas

 © Editorial Comunicación Social

por la palabra y por la imagen». Era consciente de que sólo si hay información adecuada, si conocemos lo que sucede, si sabemos cómo es la realidad, entonces sí podremos conferir esta igual dignidad a través de la educación, la ciencia y la cultura. Entonces sí podremos de una vez tener una política de manos tendidas y nunca más de manos alzadas.

Eduardo Galeano ha ponderado la importancia de las utopías. Decía que cada vez que damos un paso hacia adelante, el horizonte retrocede otro paso… pero hemos caminado. Tenemos que fijar una serie de horizontes, que aunque sabemos que son inalcanzables, nos permiten ir hacia adelante. Galeano, además, nos contó la historia de unos niños y niñas que llegaban por primera vez a ver el mar. Al bajar del autobús, una de aquellas niñas tiró de la falda de su maestra y le dijo: «Maestra, ayúdeme a mirar». «Maestra, ayúdeme a mirar»… porque era la primera vez que veía el mar y no lo abarcaba. Y decía Eduardo Galeano que esto es precisamente lo que tenemos que procurar hacer. Tenemos que ayudar a esta nueva mirada, tenemos que mirar al mundo de otra manera, tenemos que mirar a los demás, como dice el Artículo 1º de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: libres, iguales en dignidad y fraternalmente. Para esta alteridad, para este sentimiento de fraternidad, tenemos que tener una nueva mirada. Esta nueva mirada que Eduardo Galeano nos proponía en aquella reunión del Foro Social Mundial en Porto Alegre.

Cuando en el año 1966 llegaba a Oxford, como catedrático de Bioquímica, leí en el emblema del Condado una frase en latín que decía «*sapere aude*», atrévete a saber. Y me gustó mucho porque nos tenemos que atrever a saber, tenemos que conocer la realidad para transformarla. Pero después de trabajar en la Universidad de Oxford durante dos años pensé en cambiar un poco esta frase, porque es muy importante atreverse a saber si después practicamos el saber atreverse. Porque si sabemos y no nos atrevemos, no sirve para nada. El riesgo sin conocimiento es peligroso, pero el conocimiento sin riesgo es inútil. Pues bien, creo que ha llegado el momento de no guardar silencio. Ha llegado el momento de la sociedad civil. El momento de expresarse junto con los que nos describen la verdad fidedignamente. También necesitamos a

periodistas que nos escriban su punto de vista, para que entre todos nos movilicemos y nos impliquemos. Hay una palabra clave, una palabra clave que es implicarse. No podemos seguir siendo espectadores.

Eduard Burke dijo: «¡Qué pena que por pensar que puedes hacer poco no hagas nada!» Dominique Lapierre le comentaba a la Madre Teresa en Calcuta: «He procurado juntar un poco de dinero para ayudarle, pero lo que he conseguido es como una gota en el océano.» Y ella rápidamente contestó que si esta gota no existiera, el océano la echaría de menos. Nos tenemos que dar cuenta de que esta gota a veces es la que cambia el curso de la historia. Rosa Parks tuvo el coraje de no levantarse cuando subió al autobús un hombre blanco. Y después Martin Luther King pudo inspirarse en ella. Él y Rosa Park son los que han permitido que un día los Estados Unidos del Ku Kux Klan sean los Estados Unidos del Presidente Barack Obama.

No podemos cambiar la realidad si no la conocemos, si no sabemos las personas que mueren de hambre, si no sabemos que muchas mujeres tienen que pasarse horas caminando por unos litros de agua… Si no sabemos todo esto es muy difícil que tengamos una conciencia apropiada de lo que debemos hacer desde el barrio próspero de la aldea global en favor de los demás.

He vivido la época en que en las Naciones Unidas se hablaba del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo. Y se decía que el desarrollo era una palabra que equivalía a la paz. La cooperación internacional para el desarrollo, «*cooperare*»: trabajar juntos en favor del desarrollo. La palabra compartir, partir con los demás, es absolutamente esencial para el desarrollo. Si no «partimos-con» los demás, no podemos esperar que haya desarrollo. Al contrario, las asimetrías se van haciendo mayores. En los años sesenta el desarrollo tenía que ser no sólo económico sino social, pero pasaron cincuenta años hasta que hubo una reunión sobre desarrollo social en Copenhague, en 1995. En los años setenta se habló del desarrollo endógeno: tenemos que ayudar a que sepan y que puedan colaborar en su desarrollo, para lo que daremos el 0,7% del producto interior de los países ricos. Promesa que ha ido quedando en papel mojado. Algunos países lo han alcanzado, pero han

 © Editorial Comunicación Social

sido la excepción. Los demás países dijeron que las ayudas eran peligrosas, que eran mejor los préstamos. Y entonces, en lugar de pueblos, Estados; en lugar de ayudas, préstamos; pero lo peor de todo es que en lugar de valores, justicia social y derechos humanos, las leyes del mercado.

El mercado está formado por mercaderes. Hay mercaderes buenos, regulares y malos, y hay mercaderes a los que hay que ayudar, porque se lo merecen y hay mercaderes a los que hay que meter en la cárcel si es necesario. La globalización en 1989 hizo perder una ocasión histórica. Era el año que se celebraba el bicentenario de la primera Declaración sobre los Derechos del Ciudadano de la Revolución Francesa, y coincidió con el final del Apartheid. Nelson Mandela, después de veintisiete años de cárcel salió con los brazos abiertos y llegó a un acuerdo con Frederik de Klerk. Además se puso fin a ese enorme espacio de silencio que representaba la Unión Soviética. Se terminaba la guerra fría —«…*we are the world, we are the children*…», y tenían que llegar los «dividendos de la paz». Pero no hubo dividendos de la paz porque se dijo: «Ahora la globalización, las leyes del mercado». Y dió igual que lo denunciáramos y protestáramos pacíficamente. Se volvió a traicionar a los pueblos y, en lugar de fortalecer a las Naciones Unidas y hacer que el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial cumplieran su misión, se creó la Organización Mundial del Comercio fuera del ámbito de las Naciones Unidas.

Los demócratas son los que pensaron en las Naciones Unidas, los que hablaban de «los pueblos». Frente a ellos, los plutócratas apostaron por el G7, G8, G13 ó G20. Tenemos que procurar que se acabe y volver al sistema multilateral. No pueden ser los países más ricos los que nos estén permanentemente reiterando unas promesas que después no se cumplen porque no se tienen mecanismos de seguimiento. Además, se suele confundir la justicia con generosidad. Hay que hablar claramente de justicia, de solidaridad entre todos los países del mundo para el desarrollo humano, integral y sostenible. No podemos pensar en la justicia social acompañada eventualmente de mecenazgos. Se trata de la voluntad política de los diversos Estados en el cumplimiento de sus obligaciones fundamentales hacia los demás. Bastaría con que

lográramos disminuir un poco lo que invertimos en armamentos, tres mil millones de dólares diarios, reduciendo a escala mundial unos presupuestos que benefician a consorcios armamentísticos con poder creciente. Eisenhower se lo dijo a J.F. Kennedy en el momento del juramento en el año 1960: «Sólo hay un poder mayor que el del Presidente de los Estados Unidos: el del consorcio bélico-industrial.» Tenemos que procurar que las grandes inversiones se hagan en energías renovables, en la producción de alimentos. Si el 70% de la piel de la tierra es mar, tenemos proteínas aseguradas para todos los ciudadanos del mundo, pero tenemos que invertir en ello, igual que en la producción de agua. Podemos producir el agua que queramos con el conocimiento disponible, por desalinización, en islotes que no estén habitados o en islas artificiales. La cuestión es pasar un poco del dinero que hoy invertimos en ojivas nucleares y en armas a una gran política de desarrollo global sostenible. Invertir en medio ambiente, invertir en salud.

Hoy más que nunca la humanidad necesita unos medios de comunicación que estén lo más cerca posible de los ciudadanos, para que tengamos puntos de referencia fiables y sepamos lo que pasa. Si no conocemos la realidad no la podemos transformar, si la conocemos epidérmicamente sólo la transformamos epidérmicamente. Por tanto, la tenemos que conocer en profundidad y tener la valentía de expresarnos como ciudadanos. Entonces sabremos que si hubiéramos repartido un poco mejor hoy habría muchos más «clientes», y no sólo el 20% de la población mundial, y además, evitaríamos unas condiciones de vida que constituyen auténticos caldos de cultivo para el surgimiento de la violencia o la desesperación, como los flujos de emigrantes que se juegan la vida en una patera. Por otro lado, la violencia no se justifica nunca, pero tenemos que procurar explicarla. Tenemos que dejar de guardar silencio. Las mujeres juegan un papel fundamental en la cultura de la paz, que no podrá hacerse realidad hasta que no haya el 20% de mujeres en la toma de decisiones. La mujer se indigna igualmente, pero normalmente halla razones para aplazar el uso de la violencia.

La primera vez que estuve en la Unión Soviética fue en el año 1961 como bioquímico. Lo que más me impresionó fue el silencio

 © Editorial Comunicación Social

de la seguridad total, que era igual a libertad nula. Seguridad total es recelo, es sospecha, es estar permanentemente imaginándote que te están vigilando. Es el silencio. Es el silencio de los amordazados, es el silencio de los que no pueden expresarse si no es con alto riesgo para su vida. Pero al cabo de mucho tiempo me di cuenta de que hay un silencio mucho peor que el silencio de los silenciados, que es el silencio de los silenciosos, de los que pudiendo hablar no lo hacen. De los que debiendo hablar no se expresan. Cuando fui Director General Adjunto de UNESCO, treinta años atrás, iba a verme a mi despacho de vez en cuando un pintor acompañado de las autoridades de la Unión Soviética,… y todos decían que era «el pintor de la Unión Soviética», lo que yo no veía con simpatía. Pasaron dos años y me envió un icono con un mensaje que decía: «Soy Ilya Glazunov. Usted no me tiene simpatía por ser el 'pintor oficial de la Unión Soviética'. Lo único que pretendía era ser suficientemente importante para poder ser un disidente eficiente.»

No tenemos que guardar silencio.

Escribí en el año 1995: «La voz a veces no fue voz, por miedo. La voz que pudo ser remedio, no fue nada». Y creo que esto nos lo tenemos que aplicar todos nosotros, todos los días. Pensar que nuestra voz podría ser remedio, pero que por miedo no es nada. La Declaración Universal de los Derechos Humanos dice en su preámbulo que viene a «liberar a la Humanidad del miedo y de la miseria». Estas son las dos grandes finalidades del desarrollo humano: liberarnos del miedo, hacernos ciudadanos valientes, ciudadanos decididos, ciudadanos bien informados, ciudadanos que junto a los medios de comunicación, permiten que aprovechemos esta crisis. Crisis financiera, pero crisis medioambiental, crisis alimenticia, crisis democrática, crisis ética…

Que la aprovechemos para este otro mundo posible en el que seguimos soñando.

Presentación

Elena Madrazo Hegewisch[1]

La Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) considera la comunicación una herramienta clave para la promoción del desarrollo. La comunicación para el desarrollo facilita la difusión de las políticas públicas de cooperación para el desarrollo, dar a conocer a la opinión pública los instrumentos de los que se dota el Estado, los recursos que moviliza para sus políticas de desarrollo, el porcentaje y tipo de información que los medios públicos destinan a las informaciones sobre los países en desarrollo. No obstante, su principal objetivo es el de contribuir desde la comunicación a la educación de la ciudadanía en valores solidarios, a la participación y la movilización social, que perduren más allá de gobiernos, estructuras, agentes públicos y privados; esto es, contribuir a la difusión de valores e informaciones que nos lleven a relacionarnos de forma más coherente con el mundo y el resto de la ciudadanía mundial.

Parece evidente que el poder de movilización de la sociedad civil es fundamental para llegar a la población no concienciada, y que la unión de los diferentes actores para la emisión de un mensaje claro sobre la necesidad de la lucha contra la pobreza es mucho más efectiva que la atomización de emisores, por este motivo la Agencia de Noticias (IPS) y la AECID suscribieron un acuerdo de colaboración para hacer más eficaz, participativa y mejor entendida por la ciudadanía la información sobre el Desarrollo. Este acuerdo quiere favorecer espacios de reflexión que contribuyan a

[1] Directora de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID).

convertir la comunicación sobre el desarrollo en una prioridad en las agendas de los medios, incrementando las iniciativas de comunicación sobre desarrollo, especialmente aquellas relacionadas con la comunicación local para sostener y promover la democracia y la libertad de expresión y así construir un mundo más sostenible y seguro. Fruto de este Acuerdo se han celebrado, entre otras acciones, distintos seminarios y dos Encuentros Internacionales en el marco de los cursos de verano de la Universidad Internacional Menéndez-Pelayo de Santander.

El libro que tengo el placer de prologar recoge las intervenciones pronunciadas en este último Encuentro que llevó por título «Comunicación y Desarrollo: pasos hacia la coherencia».

El objetivo central del seminario fue debatir sobre cuáles son los retos que en materia de comunicación tienen que ser asumidos por los distintos actores de la cooperación española para que su labor sea más eficaz, más participativa y mejor entendida por la ciudadanía, así como ampliar los vínculos con otros profesionales de la comunicación social para avanzar en la puesta en marcha de políticas públicas más afines al derecho a la comunicación y que contribuyan, de forma clara, a la lucha contra la pobreza, la exclusión y la desigualdad.

Más allá de ser una memoria del encuentro, este libro quiere servir de espacio para la reflexión de los distintos actores que desarrollan su actividad en el campo de la comunicación y el desarrollo. En un momento de crisis como el actual se hacen más necesarias estas estrategias conjuntas. Se necesita avanzar en el estudio, las prácticas y las teorías que de éstas derivan para posibilitar un mayor conocimiento y una puesta en común de acciones que eviten la dispersión y canalicen los esfuerzos hacia objetivos comunes compartidos.

La búsqueda de coherencia en las políticas de desarrollo requiere una reflexión y un debate sobre la consideración de la comunicación como un bien público que precisa un enfoque de derechos. Y cómo la comunicación brinda oportunidades concretas que permiten acompañar en los procesos de cambio social y favorecer los nuevos compromisos mundiales con el objetivo urgente de acabar con la pobreza y la exclusión.

Desde la AECID confiamos en que este libro y esta manera de comunicar nos permitan construir un mundo más justo y solidario.

© Editorial Comunicación Social

Introducción

Raquel Martínez-Gómez y Mario Lubetkin[1]

Este libro, que recoge las ponencias y debates del *Encuentro Comunicación y Desarrollo: pasos hacia la coherencia*, que tuvo lugar en julio de 2009 en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP), es por encima de todo una unión de voluntades, un diálogo entre iguales, la necesidad de compartir, un intento de construir, un espacio para reflexionar desde las prácticas y las teorías. Responde a la propia naturaleza de la comunicación para el desarrollo, como un proceso que posibilita el conocimiento resultante de la suma de nuestras capacidades y facilita consensos inclusivos. Sólo si nos esforzamos en encontrarnos con los otros, conseguiremos hacer efectivas las distintas iniciativas del desarrollo.

Sumando voces, haciendo camino

Nuestro proceso de reflexión lo iniciamos en julio de 2007, cuando medio centenar de personas procedentes de instituciones de la Administración central y autonómica, Organizaciones No Gubernamentales, periodistas, expertos universitarios y Organizaciones Internacionales nos encontramos en la sede de la UIMP en Santander, respondiendo a la llamada de la Fundación Carolina y la agencia Inter Press Service. Allí debatimos acerca de cuestiones sobre comunicación que en aquel momento preocupaban a

[1] Coordinadora del Encuentro «Comunicación y desarrollo: pasos hacia la coherencia» y Director General de Inter Press- Service (IPS) respectivamente.

la cooperación española, como la poca visibilidad que tenían las acciones de cooperación —a excepción de las actuaciones humanitarias ante catástrofes—, la brecha que existía entre el apoyo masivo que la opinión pública otorgaba a la cooperación y el escaso conocimiento que tenía de ésta[2] y los retos que en materia de «rendición de cuentas», «eficacia de la ayuda» y «coherencia de políticas» estaban ligados a la Declaración de París y a la agenda internacional.[3] Pero también intentamos profundizar en otros temas que respondían a la naturaleza transversal del objeto de estudio que nos reunía: la comunicación como transformación social, su importancia en la construcción de la ciudadanía y en la participación, las asimetrías del sistema internacional de la información, las redes sociales…

Una parte fundamental del debate sigue siendo cómo enlazar y hacer complementarias la comunicación y la educación para el desarrollo. Ambas comparten el mismo objetivo, que queda sintetizado en la Estrategia de Educación para el Desarrollo de la Cooperación Española: el de promover una ciudadanía global comprometida en la lucha contra la pobreza y la exclusión, así como el desarrollo humano y sostenible. Si bien el apoyo de la opinión pública es necesario en el terreno político, para que además exista una demanda de mayor eficacia y calidad de la ayuda es esencial dar el salto cualitativo que permita contar con un respaldo ciudadano más consciente de los retos internacionales en materia de desarrollo, así como de la realidad de los países del Sur y de las dinámicas que incrementan las brechas a escala internacional.

---

[2] Según los datos del Barómetro 2009 de la Fundación Carolina, al plantearse la cuestión de si España debe cooperar internacionalmente para ayudar a solucionar los problemas que tienen los países menos desarrollados, aunque ello tenga costes, el 71% de los ciudadanos contesta que sí debe cooperar. Este porcentaje se ha reducido gradualmente respecto a 2005, cuando esta proporción se elevaba al 84%.

[3] Por ejemplo, es necesario comunicar los compromisos de la Agenda de París y después rendir cuentas sobre sus logros y sus errores. Ambas tareas tienen una dimensión interna, es decir, hacia las propias agencias —tanto en la sede como en las oficinas de terreno—, y una dimensión externa, hacia las ciudadanías y parlamentos de países donantes y socios.

© Editorial Comunicación Social

Ya lo intuíamos, pero después de esa primera cita en Santander quedó más claro que la comunicación estaba en el corazón de la cooperación para el desarrollo y que pensar en una estrategia de comunicación española requería, además, reflexionar sobre el papel que tenía que jugar la comunicación en la coordinación y la búsqueda de consensos, sobre todo teniendo en cuenta la riqueza de actores que la idiosincrasia de nuestra cooperación exhibía. Se había dado un primer salto mortal para acabar con muchos de los vicios acumulados pero ahora había que consolidar los cambios y emprender un sinfín de tareas pendientes, con la presión, añadida, que exigían las expectativas creadas. Sólo con mecanismos acertados para lograr un buen consenso al interior del propio sistema de cooperación se podía buscar un mayor apoyo para las políticas de cooperación en el resto de la ciudadanía.

Tratamos en todo momento de partir de nuestra propia experiencia, y también de aprender de otras prácticas, de un saber acumulado que se tenía que conocer para poder avanzar en el debate. Todo aquello quedó recogido en un primer libro[4] y nos dio alas para seguir encontrándonos y reflexionando.

La importancia de las políticas públicas

El siguiente paso de este proceso tuvo lugar en la madrileña sede de la Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo (AECID) en febrero de 2009, en un taller organizado de nuevo por la Fundación Carolina e IPS y centrado en las políticas de comunicación para el desarrollo (ver Anexo I).[5] Dichas políticas son clave para profundizar en el conocimiento y la conciencia colectiva sobre el desarrollo internacional, pero sólo serán efectivas si se logran alianzas entre diferentes actores para su consecución y se

[4] Martínez, R. y Lubetkin, M. (eds.) *Comunicación y desarrollo: en busca de la coherencia.* Fundación Carolina, Siglo XXI, UIMP. Madrid, 2008.

[5] Las ponencias y comentarios se pueden consultar en: www.fundacioncarolina.es/es-ES/cealci/actuaciones/Paginas/Tallercomunicacionparaeldesarrollo.aspx.

establecen procesos participativos que permitan alcanzar consensos entre las fuerzas político-sociales sensibles a su importancia.

En el diagnóstico se definieron las barreras que impedían la formulación de políticas públicas de comunicación acordes con el objetivo del desarrollo. Las primeras son político-institucionales, como la falta de conciencia de los organismos públicos sobre el papel determinante de la comunicación en cualquier proceso de desarrollo para el cambio social; las segundas mediáticas, vinculadas a la visión de la comunicación como mercancía;[6] y el resto tienen que ver con la visión predominante de la comunicación para el desarrollo de los actores de cooperación —que en su mayoría todavía desconocen que los procesos de comunicación atraviesan todas las dimensiones de sus intervenciones— y la inexistencia de una conciencia social sobre la importancia del desarrollo internacional.

También se trató de identificar los contenidos prioritarios de esta política de comunicación, partiendo de la definición de distintos conceptos y valores, si bien, como señala Jesús Martín Barbero, a la vez que objetos de políticas, la comunicación y la cultura constituyen «el estratégico escenario que le exige a la política recuperar su dimensión simbólica —su capacidad de representar el vínculo entre los ciudadanos, el sentimiento de pertenencia a una comunidad— para enfrentar la erosión de lo colectivo.»[7] El objetivo último debe ser contribuir a establecer un diálogo desde y con la ciudadanía que fomente valores participativos y la difusión de informaciones que permitan relacionarnos con el mundo de forma más coherente y no nos confundan con versiones simplificadas de la realidad.

---

[6] Se abogó por una mayor regularización en el sector de los medios de comunicación bajo el principio y el compromiso de que todos cumplen un servicio público, independientemente de que su gestión sea privada, comercial, estatal, o comunitaria; y a poner límites a los actores que copan el mercado de la comunicación con monopolios.

[7] Martín-Barbero, Jesús (2001), «De las políticas de comunicación a la reimaginación de la política», *Nueva Sociedad,* 175: 70-84 pp. Editorial Nueva Sociedad, Caracas.

© Editorial Comunicación Social

Coherencia y coordinación

El Memorándum de entendimiento firmado entre el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación e IPS permitió, entre otras cosas, dar continuidad a este proceso. La siguiente convocatoria fue el *Encuentro Comunicación y Desarrollo: pasos hacia la coherencia* de julio de 2009, de nuevo en la sede de la UIMP en Santander. Incluir la palabra «coherencia» en el título tenía que ver con la importancia de la comunicación en ese otro proceso, todavía poco explorado, de hacer más coherente el objetivo del desarrollo con el resto de las políticas públicas con impacto en los países del Sur. Por una parte, porque en el diálogo al que había que someter a las distintas políticas para ponerse de acuerdo era indispensable contar con una buena estrategia de comunicación; por otra, muy relacionada, porque había que extender ese diálogo a la ciudadanía, buscar y contar con su respaldo lo más informado posible.

En el Encuentro de 2009, cuyos temas centrales están recogidos en los artículos que conforman este libro, también se debatió sobre las prioridades que existen en materia de comunicación y desarrollo en la cooperación española y se hicieron algunas recomendaciones generales para que las distintas instituciones puedan disponer de una guía. La primera responde a la necesidad de contar con una estrategia general que evite la dispersión y canalice los esfuerzos hacia objetivos compartidos. Además, para lograr sistematizar el conocimiento y aprender así de otras experiencias e iniciativas existentes, se aconseja apoyar el establecimiento de un observatorio de políticas públicas sobre comunicación y desarrollo. Este observatorio podría ayudar a identificar y proponer las bases sobre las que construir las líneas estratégicas de Comunicación para la cooperación.

Por otra parte, haría falta volcar esfuerzos y recursos humanos para revisar y mejorar los procesos comunicativos en los objetivos de coordinación y complementariedad entre los distintos actores de la cooperación española. También sería recomendable contar con convocatorias públicas específicas —o explícitamente designadas junto a las de Educación y Sensibilización para el desarrollo— destinadas a fortalecer la comunicación y a que

ésta se considere en las actuaciones de cooperación como parte fundamental.

Entre otras recomendaciones más concretas se propuso incentivar la creación, producción y distribución de contenidos en línea con la Educación para la ciudadanía global, y también preparar una propuesta asentada en el «derecho de acceso» para Radio Televisión Española (RTVE). Asimismo, se consideró la posibilidad de trabajar junto a las organizaciones profesionales de periodistas y los sindicatos del sector para contribuir a la construcción de políticas públicas que garanticen mejor el derecho a la comunicación.

Explorando el futuro

A lo largo de estos tres años de reflexión estamos seguros de que el objetivo de la comunicación para el desarrollo no puede ser difuso: hablamos de una comunicación activa en la lucha contra las desigualdades y la exclusión, en la lucha contra la pobreza. Entre los diferentes caminos que se pueden seguir desde la comunicación por una Cooperación para el Desarrollo más eficaz, hemos elegido el que asume un compromiso más amplio con el desarrollo. Es decir, aquel que recoge la complejidad de la dimensión comunicativa, presente en todo tipo de actividad humana, y hace de ésta una oportunidad.

Seguiremos trabajando con el objetivo de que los diferentes actores de la cooperación que desarrollan su actividad en el ámbito de la comunicación se encuentren y logren una reflexión colectiva que sea de utilidad para cada uno en nuestro quehacer diario. El proceso ha sido franco, abierto, crítico, y a su vez acumulativo. Entendemos que la comunicación no es una responsabilidad solamente de los comunicadores o de los periodistas. Comunicar a la ciudadanía, y con la ciudadanía, los desafíos que tenemos planteados en materia de desarrollo internacional es una tarea ingente, que todavía necesita que se are la tierra, se siembre y abone el terreno. Sólo así germinará y crecerá esta semilla que lleva en su interior la responsabilidad de conocernos, de comprometernos, pero también la de explorar otros futuros posibles.

© Editorial Comunicación Social